





MEMORIÁS  
DEL  
PRINCIPE  
DE LA PAZ

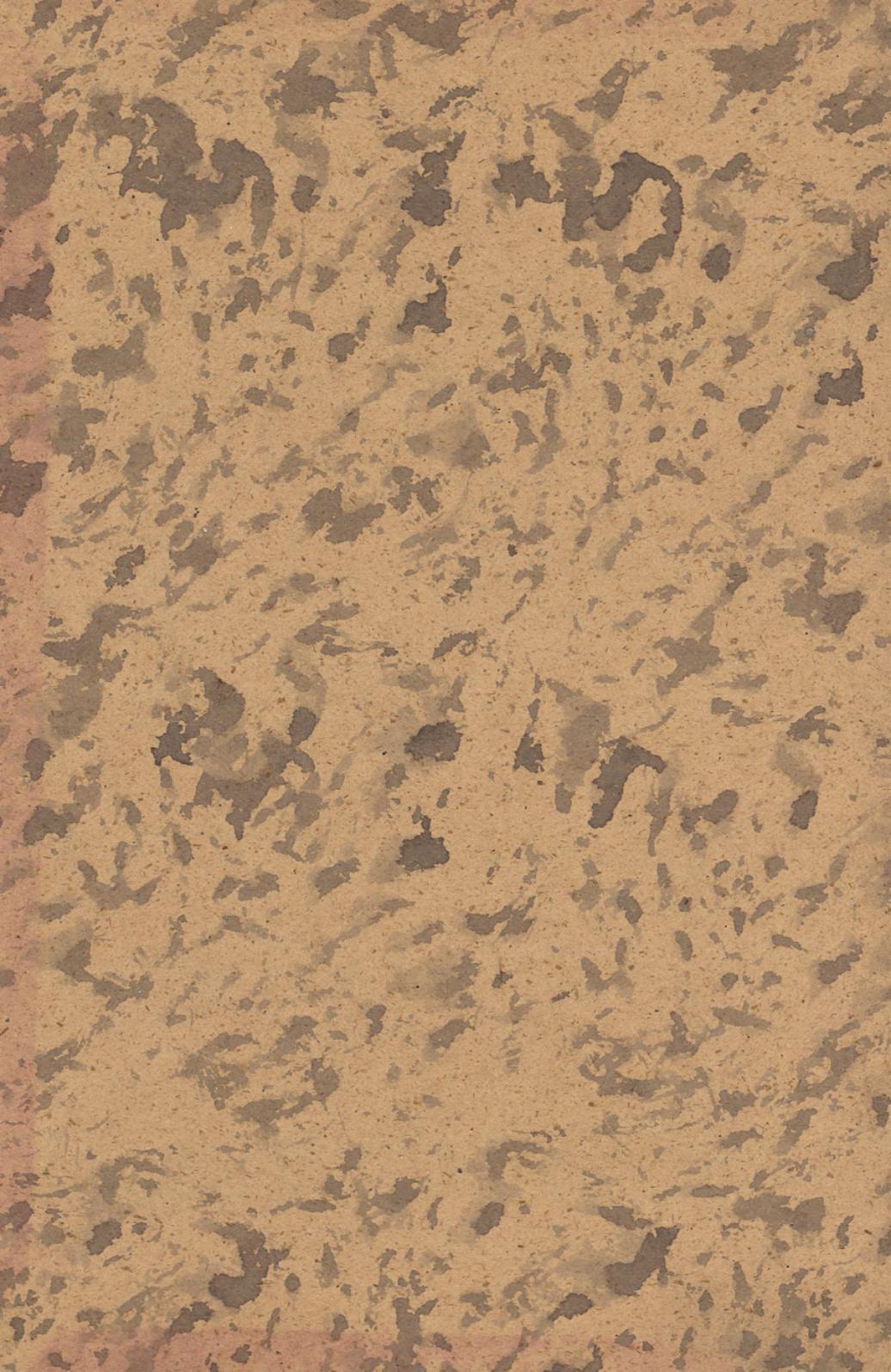
IV



16103

4







2 Hqs. unculas portada 439 pag.

RE





R  
47282

A-1430/4

**MEMORIAS**

**DEL**

**PRÍNCIPE DE LA PAZ.**

MEMOIRS

III

PRINCIPLE DE LA PAIX

# CUENTA DADA

DE SU VIDA POLÍTICA

POR

**DON MANUEL GODOY,**  
PRÍNCIPE DE LA PAZ;

Ó SEAN

MEMORIAS CRÍTICAS Y APOLOGETICAS

PARA

LA HISTORIA DEL REINADO

DEL SEÑOR D. CARLOS IV DE BORBON.

*Semper ego auditor tantum? Numquam ne reponam?*

---

**TOMO IV.**

---

**MADRID:**

IMPRENTA DE I. SANCHA,

calle de la Concepcion, número 7.

**1857.**

CUENTA DADA

DE SU VIDA POLITICA

por

DON MANUEL GODOY

PRINCIPE DE LA PAZ

MEMORIAS CRITICAS Y APOLOGETICAS

por

EL HISTORIADOR

DEL SEÑOR D. CARLOS IV DE ESPAÑA

Compañía de editores de libros, impresores de la Real Academia de Ciencias y Artes de Madrid.

---

TOMO IV

---

MADRID:

IMPRESA DE J. SANCHEZ

Calle de la Compañía, número 17.

1827

# MEMORIAS

DEL

## PRÍNCIPE DE LA PAZ.

---

---

CONTINUACION

### DE LA SEGUNDA PARTE.

---

#### CAPITULO XVIII.

Año de 1804. — Plagas de aquel tiempo. — Intrigas de mis enemigos. — Hambre facticia. — Disturbios promovidos en la Vizcaya. — Elementos de rencores y discordias avivados en el Palacio en contra mia. — Cuarto del Príncipe. — Correspondencia secreta de la princesa María Antonia con su madre. — Aspecto político de la Europa. — Quejas injustas y afectadas de la Inglaterra con nuestro gabinete. — Satisfaccion que le fué dada. — Su ruptura intempestiva y alevosa con nosotros. — Nuevo encendimiento de la guerra entre las dos naciones.

Entro á referir los acontecimientos ocurridos en un año en que comenzó un nuevo cielo de trabajos é infortunios para todas las naciones, año despues

del cual no hallaré que contar sino aflicciones y dolores donde quiera que nuestra vista se vuelva, año en que dió principio y preparó sus cálices de hiel y sangre la funesta constelacion que se apesgó sobre la tierra nuevamente para castigo de los hombres; la que despues de mil estragos horrosos y de haber trascurrido tan largo tiempo, reina y pesa todavia sobre tantos pueblos de ambos mundos. Año aquel tambien de fenómenos y prodigios que parecian ser como el prelúdio de los tremendos males venideros. Si las creencias populares de este género de anuncios pueden hallar escusa en la tiniebla espesa que oculta el porvenir á los tímidos mortales, mas que nunca debieron encontrarla en el semblante de aquel lóbrego bisiesto. Metéoros espantosos asombraban por todas partes á los pueblos, hachas de fuego, torbellinos de llama, lluvias de color de sangre, trastorno de estaciones, frios y bochornos repentinos, fetos y engendros nunca vistos, inquietud de la tierra, agitacion de sus entrañas, montañas desgajadas, poblaciones hundidas, lugares sumergidos, abismos nuevos entreabiertos... y lo que era mas que esto y menos atendido por el vulgo, crímenes y maldades no esperadas ya mas en nuestro siglo, desde la cruel matanza y exterminio de los blancos por el bárbaro Dessalines, hasta el frio y negro asesinato del duque de Enghien con que manchó su gloria el hombre de la Francia, ungido luego éste y coronado; y porque

no faltase nada á la nueva conflagracion del continente, el famoso Guillermo Pitt vuelto al timon de la Inglaterra. ¡Qué podia esperar la triste muchedumbre de los pueblos que nació para aquel tiempo.

Carestias, epidémias, terremotos y despues la guerra, fueron en aquel año memorable nuestro repartimiento de trabajos; bien venidos si hubieran sido solamente de mano divina sin que los agravase la mano de los hombres. Mientras el piadoso Cárlos IV decretaba consuelos y asistencia para sus pueblos afligidos, mis crueles enemigos, que lo eran tambien suyos los mas de ellos, buscaban modo y traza de convertir en su daño aquellas mismas plagas que su mano bienhechora trabajaba por aliviar en todas partes. A la cabeza de ellos se encontraba Escoiquiz: los tiempos se tardaban para cumplir sus esperanzas. El reinado de Cárlos IV era un martirio prolongado al ansia de influir y de mandar que devoraba aquel hombre, circunscrito á una iglesia donde vivia entre iguales. ¿De qué modo buscar el fin de aquel martirio? Pues que la muerte detenia su guadaña contra la inocente y quebrantada vida de aquel rey venerable que le era tan molesta, ¿no habria un medio á lo menos para acortar los dias de su reinado?

El ínucuo habia estudiado grandemente á aquel monarca, conocia bien su índole pacífica, su nobleza de alma, la sencillez de sus deseos, su desapego de los bienes, su indiferencia por el fausto, su amor

de padre hácia sus pueblos superior al de sí mismo, su aversion al derramamiento de sangre, su horror á los tumultos y á los disturbios populares, sus afecciones interiores de familia, su cariño entrañable para con sus hijos, su amor en fin sin límites á su adorado primogénito, amor que él habia visto tan de cerca, y le constaba á vista de sus propios ojos, aunque despues, por sincerar sus deslealtades, haya querido desmentirlo; amor de tal manera, él lo sabia, que una vez persuadido Cárlos IV. de que pudiese ser un bien para sus reinos traspasar la corona á su real heredero, lo habria hecho de su grado y sin costarle ni un suspiro. ¿Quién sirvió á Cárlos IV, quién observó su vida y sus costumbres que pueda dudar de esto? Por conocerlo así se alentó Escoiquiz á preparar muy de antemano, y á forzar y hacer venir por cualquier modo que esto fuese, aquel suceso tan posible. ¡Qué importaban los medios á este gran hijo de *Escobar* que puso en obra tantas veces su doctrina! No opinó ser traicion escamotar al padre el trono siendo para su hijo y debiendo reinar este con mejor fortuna, como él se imaginaba, bajo su inspiracion y su dictado. Loco con esta esperanza, maquinando en la oscuridad, bien servido de enemigos míos reclutados entre la escoria del palacio y de la córte, y envuelto entre mil velos, se hizo el alma y el centro de una vasta conspiracion dirigida expresamente á promover en toda España el descontento y la aversion al reinado

de Carlos IV. En cuanto á mí, no era yo para Escoiquiz solamente un objeto preponderante de sus odios capitales, sino lo que era mas, un grande obstáculo á sus traidoras miras, no pudiendo dudar que para sorprender á Carlos IV y arrancarle el cetro por la violencia ó por la astucia, era forzoso derrocarme á mí primeramente. La faccion tenebrosa hilaba y tejia largo en lo escondido; los emisarios de ella recorrian las provincias sin mostrar su origen ni sus planes. Era el encargo de estos murmurar al oido con la mayor reserva, vilipendiar los hombres del gobierno, imputarles los sufrimientos y trabajos que venian de antiguo y que hacian mas sensibles y pesados las circunstancias de la Europa, representar á Carlos IV como un rey flaco é indolente, ensalzar los talentos y las grandes prendas y virtudes del príncipe de Asturias, y proclamarme á mí como enemigo suyo declarado, como un tirano del palacio, como un visir del reino.... peor que esto todavia, como un usurpador del poder real, que empuñado por el favor, aspiraba á perpetuarlo entre mis manos por la fuerza, y tantear no menos que la corona de Castilla! Para mover los pueblos, es un medio probado en todos tiempos esforzar las mentiras mas allá de lo atroz y lo creible, porque entonces se cree todo. Y á la verdad, si entre la gente cuerda, y aun en el mismo vulgo, no era fácil hallar quien diera asenso á tan desconcertadas imposturas, quedaba siempre entre la muche-

dumbre alguna cosa de ellas, se lograban algunos tiros, se repetian las cargas, y se hacia una llamada poderosa á los que hallaban su interés en contrariar la marcha del gobierno y trastornarlo ó derribarlo. Tenia éste, y yo con él, en contra suya y mia, todos los envidiosos, que eran muchos, todos los hombres nulos de entre la multitud de pretendientes y aspirantes á los favores de la córte; los que vivian de abusos y temian las reformas que se estaban preparando; cuantos se hallaban lastimados en la Iglesia y entre sus muchos dependientes, porque se hacia servir el sobrante y lo superfluo de sus rentas á las urgencias del estado; los que temian disminucion en su fortuna, ó en su poder y su influencia, puesta que fuese mano en la mejora de las leyes; y por añadidura y por refuerzo, todos los enemigos de las luces. Aun entre los amigos de estas, contaba yo, con harta pena mia, sino por enemigos, á lo menos por descontentos, á los que ansiosos de lo bueno, sin atender las circunstancias que despues han visto y han tocado dolorosamente por sí mismos, creian que me retardaba.

A tantos elementos de oposicion y de discordia se juntaban todavia los partidarios de Inglaterra, y, lo diré tambien, los que en sentido opuesto, deslumbrados por el poder y la grandeza de la Francia, habrian querido que la España se intimase mas con ella y que tomase parte activa en sus empresas y sus glorias. ¿Se podrá creer que esta idea prevale-

ció en el clero por aquellos tiempos? Y sin embargo no era extraño: se creyó á Bonaparte emperador por derecho divino, y era mirado entonces como un restaurador de las prerrogativas y los derechos de la Iglesia. El piadoso pontífice romano fué el primero para fiar en sus palabras y sus obras: lleno así de esperanzas eminentes por la fé católica, partió á ungir y consagrar aquel prodigio de la tierra (1).

---

(1) He aquí para muestra una pequeña parte de la alocucion del señor Pio VII en el consistorio secreto del lunes 29 de octubre de 1804 antes de partir para la Francia. Despues de un cuadro bien trazado de las ventajas obtenidas por el concordato, y de la feliz vuelta de la Francia al gremio de la Iglesia, sigue el papa de esta suerte:

» Y así como esta tan grande y admirable obra escitó  
» entonces en nuestro ánimo los mas íntimos afectos de  
» gratitud al poderosísimo príncipe que, para perfeccionar-  
» la por medio del concordato, empleó toda su autoridad,  
» así el recuerdo de esta misma obra estimuló vivamente  
» nuestro ánimo para que siempre que se ofreciera una  
» ocasion le manifestásemos los sinceros afectos de nuestra  
» gratitud religiosa. Ahora pues, el mismo poderosísimo  
» príncipe, carísimo hijo nuestro en Cristo Napoleon,  
» emperador de los franceses, que por lo que hemos refe-  
» rido es tan esclarecidamente benemérito de la religion  
» católica, nos ha significado que desea en gran manera  
» recibir la sagrada uncion y la corona imperial de nues-  
» tra mano, á fin de que esta solemne ceremonia, sellada  
» con el carácter de la religion en el mas eminente grado  
» posible, atraiga sobre él con toda extension las bendi-

De entre tantas categorías que acabo de citar como opuestas mas ó menos al sistema del gobierno, no habia nadie que conspirase ; pero aquellos que-

---

» ciones del cielo. Semejante peticion espresada en estos  
 » términos, no solo nos ha dado por sí misma un testi-  
 » monio patente de religion y de reverencia filial á esta  
 » Santa Sede , sino que tambien ha venido acompañada de  
 » declaraciones positivas con que el emperador nos asegu-  
 » ra su constante voluntad de mantener y ayudar, cada  
 » dia mas y mas, la fé santísima, á cuya reparacion en  
 » aquellas florecientes regiones tanto ha cooperado y se  
 » halla cooperando, haciéndonos entender que el objeto  
 » de nuestro viaje á la Francia no habrá de ser tan solo  
 » para la ceremonia de poner la corona en su cabeza, sino  
 » mucho mas para la utilidad de los grandes negocios de  
 » la Iglesia que deberán tratarse entre nos y él mismo, con  
 » resultas felicísimas para los progresos de la religion y  
 » para el bien de los pueblos católicos, etc., etc.»

A estos sinceros y candorosos sentimientos del padre de los fieles, se juntaban al propio tiempo las altas alabanzas y los aplausos y homenages del clero galicano al fundador del nuevo imperio, de aquella misma clerecia que mostró tanta fuerza y entereza en los dias de la república. De entre aquellos ministros y prelados, unos lo proclamaban el Moisés llamado nuevamente del Egipto, otros el nuevo Matathias enviado por el Señor á la asamblea del pueblo, estos el nuevo Ciro, aquellos el Josias que abolió la impiedad, otros el gran Nehemias de nuestro tiempo. El arzobispo de Paris decia en su pastoral á los fieles de su diócesis : « Jamás la religion ha resplande-  
 » cido con mas lustre que en esta memorable circunstan-  
 » cia : quanto hay mas elevado sobre la tierra concurrirá  
 » para su triunfo. Nuestro soberano, de acuerdo con el

josos concurren, sin saberlo, á los designios de la faccion secreta. Escoiquiz lo entendia perfectamente: bastaba enzizañar por todas partes y acalorar el descontento (1). De unos en otros, en un tiempo en que las circunstancias de la Europa hacian que ningun pueblo en toda ella se encontrase

---

»sumo pontifice, quiere postrarse ante el santuario y hacerle homenaje de su poder y de su gloria: en su piedad »ha deseado y ha querido recibir la corona del rey de los »reyes, y consagrar su autoridad humillándose á los pies »del que reparte los imperios y por quien reinan los monarcas.» El arzobispo de Turin decia estas frases: «Se »acabaron las abstracciones de una vana filosofia, terminó, su dominio, y comenzó el imperio del que Dios ha »elegido segun su corazon para el gobierno de los hombres.» Y el célebre Fontanes, arengando á Pio VII, hablaba de esta suerte: «De hoy ya mas acabaron de ser »rivales al sacerdocio y el imperio: ambos á dos estan »ya unidos para rechazar las doctrinas que habian amenazado la subversion entera de la Europa.»

He aquí pues, los que no vieron sino estos grandes lienzos de teatro, se imaginaron ya acabada la revolucion francesa. No era extraño que en el clero de todas las naciones luciese esta esperanza; pero la convencion rugiendo y blasfemando sin ningun rebozo, fué menos peligrosa que el nuevo emperador ungiendo su cabeza y prometiendo paz y bienes á la tierra.

(1) Uno de aquellos que sirvieron mas largamente á la faccion, sin saberlo ni pensarlo, fué el ministro Caballero persiguiendo las luces, intimidando á Cárlos IV, oponiéndose á las reformas y desconceptuando al gobierno por las inconsecuencias y oscilaciones que causaba en su marcha la parte que él tenia en el mando. Su conducta

dichoso, ninguna cosa era mas fácil que mover entre el pueblo la inquietud y el disgusto, y envenenar la opinion pública: la malevolencia puede mucho cuando aquel padece, sea cual fuere la causa de que procedan sus trabajos. En verdad no era poco precaver, disminuir ó consolar los males que venian de afuera, y los que el cielo á mas nos enviaba tan copiosos: los pueblos desean mas; quieren tambien los bienes aguardados con impaciencia. De los males de que son librados, y del impedimento de los bienes que desean, pocas veces tienen cuenta, ni aun lo saben. Si en las calamidades generales hay quien mueva las plebes, nada mas peligroso en tales casos á quien tiene el poder como su permanencia en las alturas del gobierno: todos los

---

producia un doble efecto. Los que odiaban las reformas, se apoyaban en su poder y adquirian mayor fuerza; los que las deseaban, no pudiendo concebir hasta que punto contrariaba Caballero mi influencia, me acusaban de veleidoso y de inconstante en mis principios, y perdian la esperanza de lograr por mi mano las mejoras deseadas. Habia de muy antiguo en nuestra córte una máxima heredada, de que el mismo Cárlos IV no supo preservarse, que era mantener en el gobierno cierta especie de oposicion para impedir que el poder se acumulase en una sola mano y que por esta causa se hiciese peligroso. Aquel buen rey vió, harto tarde, en Aranjuez, los efectos de esta máxima; Caballero no creyó entonces que era faltar á Cárlos IV el agregarse á mis contrarios para ayudar á despñarme en el tumulto de las armas.

males que se sufren , hasta los mas irremediables, hasta los males físicos, mueven en contra suya la prevencion y el descontento. Se desean las mudanzas de las personas que gobiernan , como desea el enfermo el cambio de sus médicos. ¡ Cuántas veces no dije yo estas cosas y las espuse vivamente á Carlos IV para que me diera libertad de retirarme ! De todas partes me escribian : « Se multiplican los malévolos , se trabaja en lo oculto por mover contra V. el odio de los pueblos , la calumnia se esparce sutilmente ; fuerza es tomar medidas vigorosas. » — Yo no acepté jamas estos consejos. Retirarme no me era dado, el rey me lo impedia ; bien puede creerseme. Organizar el espionage y sostenerme persiguiendo no estaba en mis ideas : obrar rectamente y someterme á los destinos fué toda mi política. Muchos han censurado mi conducta de flaqueza... nó, en verdad... , no fué flaqueza esta conducta ; pudo ser una falta, temeridad mas bien de un sentimiento noble del cual no me arrepiento. A quien viniese en pos de mí, no quise yo dejarle ya montado el bárbaro sistema de mandar y hacerse respetar con las cadenas y el azote. Esta deshonra y esta marca se ha quedado para mis feroces enemigos.

He aquí pues ; volviendo al hilo de la historia, un grande ensayo que probaron estos para alterar el reino, atacar el gobierno, comprometerme con los pueblos si las armas eran empleadas para contener los alborotos, asombrar á Carlos IV y arrancar-

le la abdicacion de su corona. Se hallaba el reino trabajado por la carestía de granos, triste efecto de la escasez de las cosechas de aquel año y los dos años anteriores. De la carestía á una hambre no es larga la distancia, y mucho menos la del hambre á las sublevaciones y tumultos. «Promovamos un hambre» fué el consejo y el acuerdo de la faccion malvada. Este designio atroz anduvo cerca de cumplirse.

Mas atrás hablé ya de las largas medidas que adoptó el gobierno un año antes para hacer frente á la penuria que amenazaba al reino. A estas medidas generales se añadieron las del consejo de Castilla, en cuya atribucion se hallaba especialmente para tales casos el cuidado de la anona. Abiertos nuestros puertos y nuestras ensenadas y bahías por todas partes á los granos extrangeros, con entera exencion de derechos á su entrada y en su paso para las provincias, á mayor abundamiento fueron decretados premios y favores especiales á los que concurriesen al surtido. Se obtuvo ademas un pase del gobierno inglés para todas las banderas, de quien quiera que fuesen los navíos, que nos trajesen granos. Y aun asi, por no dejar ninguna cosa á la aventura, libres como se hallaron y quedaron toda suerte de individuos para hacer importaciones por su cuenta, formó el consejo entre los comerciantes de Madrid una empresa nacional y patriótica que importase tambien granos en cantidad indefinida y

formase depósitos á la redonda de todas las provincias, puesto el precio bajo la inspeccion del mismo tribunal, por coste y costas de toda especie, sin otro beneficio que el derecho de una prudente y moderada comision á juicio del consejo. A los ayuntamientos de los pueblos en favor de los cuales se acometió esta empresa, se les facilitó el que hiciesen de ella sus acopios, y se les ensancharon los arbitrios y los medios de pagarlos (1). Calculadas las existencias del pais por los presupuestos fidedignos que tenia el consejo, las entradas en nuestros puertos y el nuevo suplemento que debia añadir la compañía formada, el hambre era imposible, y el precio de los granos debia bajar en breve tiempo.

Pero el arte y la astucia de los que trabajaban en contrario con sus perversos fines, desconcertó todos los cálculos. Tal fué la ocultacion de granos que se hizo en todas partes aun en las mismas cillas decimales, tal el juego y el manejo de los monopolistas, atravesadores y logreros concertado en todo el reino, tal la mala fé, los engaños y las trazas con que los cargamentos extrangeros eran quitados de las manos sin saberse mas su paradero, tal el descrédito esparcido contra las previsiones y medidas del consejo, contra la compañía de negociantes, so-

---

(1) El pormenor de estas medidas se encuentra extensamente en la circular del consejo de 28 de julio de 1804.